NUM. 41. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 11 DE OCTUBRE DE 1865. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.

Bien podríamos comenzar esta revista aplicando á la isla de Santo Domingo aquellas palabras con que comenzaba la carta de Sancho Panza á su mujer, al darle cuenta de haber sido nombrado gobernador de la ínsula Barataria. Si buen gobierno me tengo, decia Sancho, buenos azotes me cuesta. Si buena ínsula se nos ha agregado, buenos sacrificios nos está costando; y en esto, la verdad sea dicha, la ínsula de Santo Domingo no se puede llamar Barataria, sino mas bien Cararia para nosotros, pues nos va saliendo cara. No es esto decir que seamos contrarios á la anexion, supuesta la voluntad de la gran mayoría de sus habitantes, porque consideramos de grande importancia evitar que un Estado poderoso é interesado en invadir lo que nos queda del Nuevo Mundo, se interpusiera entre Cuba y Puerto-Rico, apoderándose de las llaves del golfo de Méjico, que sin duda alguna están mejor en nuestras manos. Pero de todos modos, ello es que nos sale por de pronto bastante cara la adquisicion. Despues de la última insurreccion sofocada, ha venido otra de mayores proporciones, en la cual ha estado á punto de perecer el brigadier Buceta, que con escasa fuerza tuvo la temeridad de internarse en un pais ocupado por los insurgentes. Estos, por lo visto, tienen armas y municiones en abundancia; y aunque no pueden sostenerse diez de ellos contra uno de nuestros soldados, todavía son sensibles la efusion de sangre, el gasto, la intranquilidad y las consecuencias que esta situacion trae consigo. De la Habana han acudido fuerzas considerables para sofocar prontamente la insurreccion y creemos que á estas fechas puede darse por terminada. ¿Pero será la última? Para que lo sea es preciso que el gobierno se decida á hacer algo mas de lo que ha hecho, y que lo que gasta en llenar de empleados con grandes sueldos la isla, lo gaste en cubrir sus campos y ciudades de colonos españoles, dándoles terrenos é instrumentos y llamando allí los capitales y la industria de los particulares, con ámplias concesiones, con leyes buenas y con franquicias y libertades racionales. Desde los tiempos de Nabucodonosor hasta nuestros dias no se ha descubierto mas medio de dominar un pais que asimilárselo, haciendo que la mayoría de su poblacion sea afecta á los intereses del dominador. Vayan españoles á poblar Santo Domingo y sepárense de allí los elementos trastornadores que haya, utilizándoles en bien de la patria en otros sitios donde pierdan la fuerza perturbadora que hoy les hace peligrosos en aquel pais. Esto, unido á la proteccion concedida á todos y á la justicia distribuida á todos indistintamente por medio de leyes civilizadoras, podrá indemnizarnos con el tiempo de los sacrificios de hoy.

Nada de particular ha ocurrido en Méjico desde el último correo. Los franceses continúan en su inaccion: solo su general Forey no descansa en su tarea de escribir artículos y comunicados en los periódicos. Ultimamente les ha dirigido una comunicacion reprobando las corridas de toros como espectáculos sangrientos, indignos de un pais civilizado. Aplaudimos los sentimientos caritativos y la sensibilidad esquisita del general Forey, que no puede ver correr la sangre de un toro sin conmoverse. Comprendemos perfectamente lo que las delicadas fibras de su corazon habrán padecido al presenciar espectáculos como los que se dan en la plaza de toros de Méjico, porque al fin no es lo mismo hacer volar por medio de una mina á un centenar de hombres que defienden una posicion y ver caer sus miembros despedazados, ó fusilar á unos cuantos bandidos que defienden su independencia, ó dar una carga de caballería á una multitud de perdidos que tienen la audacia de oponerse á la voluntad del emperador; no es lo mismo, repetimos, todo esto, que contemplar á sangre fria como corre la de un pobre toro que ni se ha declarado independiente, ni ha faltado á los tratados, ni se ha opuesto á la voluntad de nadie, ni ha cometido el delito de comprar bienes nacionales, habiendo sido siempre un toro de órden y de gobierno digno de las mayores consideraciones. Por lo demás, el príncipe Maximiliano que parece irá pronto á Méjico, pondrá término, segun creemos, á la efusion de sangre de toro que hoy desmoraliza el pais.

Una gran noticia tenemos que dar á nuestros lectores. Ha pasado del ministerio de Hacienda á la presidencia del Consejo de Ministros el espediente sobre la construccion del edificio para la famosa esposicion hispano-americana, que señalada para el año 1862, despues para 1864, y ahora no sabemos para cuando, va á ser cuando se lleve á cabo la admiracion de los siglos. Dicen que está aprobado el pensamiento de dar 34.000,000 de reales para este edificio y el plazo de treinta meses para su fabricacion. Esto significa, que por lo menos, hasta el año de 1867 no podrá verificarse la solemnidad de que se trata. Pero como el asunto está sometido á un espediente, creemos no equivocarnos si echamos diez años mas. Esta tardanza no dejará de tener sus ventajas. Para el año de 1877 los franceses habran echado un puente sobre el canal de la Mancha poniéndose en comunicacion terrestre con Inglaterra; y los ingleses habrán construido otro puente sobre el Atlántico, enlazando á Liverpool con Boston. De esta manera los espositores de la América podrán enviar sus muestras á España por ferro-carril, encargándose de traerlas la empresa de Salamanca con esclusion de Mr. Pereire.

Segun indican algunos periódicos, se ha tomado una gran medida por el gobierno civil con ciertas señoritas demasiado conocidas del público. Esta medida consiste en obligarlas á fotografiarse y conservar sus retratos en las oficinas de policía para lo que en adelante hubiere lugar. Será de ver el album de retratos de la policía, y estamos seguros de que ningun particular podra reunir una coleccion semejante. Dentro de algunos años esa coleccion podrá servir para formar una historia y una estadística en estremo interesantes. Por algunos periódicos se ha censurado esta disposicion: nosotros, sin censurarla, creemos que medidas de este género no cortarán el mal, no harán sino impedir en algunos casos su manifestacion esterior. Lo que hay que hacer (no nos cansaremos de repetirlo) es declarar que las mujeres públicas, los ladrones y vagos de profesion pierden los derechos de patria potestad: la medida que hay que tomar es arrancar de su poder los menores de edad para separarlos de la atmósfera de vicio y corrupcion en que sus pobres almas se pierden. Que indague la policía el orígen del vergonzoso tráfico de ciertas mujeres, y hallará que el 90 por 100 han sido perdidas por sus mismas madres ó parientes desde la adolescencia: búsquese la causa de otras ocupaciones criminales y se observará que otro 90 por 100 de los hombres han aprendido de sus padres ó encargados el

robo, la estafa y el asesinato. No se estirpan las malas yerbas de un campo si se deja la semilla: al contrario, cada vez se propagan mas. Por el contrario, cuidese de recoger y apartar la semilla del campo, y la mala yerba desaparecerá, ó por lo menos se disminuirá notabilísimamente.

Sin que haya una ley, reglamento ó disposicion que prive á las clases de que hablamos de los derechos de patria potestad, y entregue sus hijos á otras manos mas puras, todas las medidas que se adopten no serán sino paliativos del mal. Nosotros podríamos citar hoy mismo algun ejemplo práctico de esta verdad, que ha llegado á nuestra noticia. La policía debe tener conocimiento de otros muchos. Pero dejemos esto aquí para otro dia.

La Academia Española ha propuesto dos premios para el concurso de 1865. Ofrece en primer lugar 20,000 reales al autor de una novela original no histórica, de costumbres españolas contemporáneas; y promete 10,000 reales al que escriba el mejor exámen crítico de los mas exactos orígenes de la lengua castellana, y de los elementos que la prepararon y formaron. Para ganar el premio de los 20,000 reales no se exigen al autor de la novela sino tres cosas: 1.ª que sea original; 2.ª que no sea histórica; 3.ª que sea de costumbres españolas contemporáneas. Mas para ganar los 10,000 reales se exigen al autor del exámen crítico de los orígenes y elementos de la lengua las siguientes condiciones: 1.ª que determine en qué territorio tuvo su cuna el idioma castellano; 2.ª que presente un catálogo razonado de las voces verdaderamente castellanas; 3.ª que distinga las que se usaron en un reino de las que estuvieron en uso en los demás antiguos reinos de España; 4.ª que esta distincion se haga desde los tiempos mas remotos hasta fines del siglo XII.

Para escribir una novela como la que desea la Academia, se necesitan ingenio y fuerza de observacion. Para escribir el exámen que se propone, se necesitan una erudicion vastísima, y el estudio de toda una vida, y aun así lo que se pide es un imposible. Sin embargo, á la obra de ingenio se le señalan 20,000 reales, y á la obra de una erudicion imposible 10,000 Y para que resalte mas esta chocante diferencia, no hay sino hacerse estas dos preguntas:

¿Cuántos lectores tendrá una novela de las condiciones exigidas? Muchos miles. El premio que le da la Academia, es por lo mismo insignificante comparado con lo que el autor sacaria del público por la venta de su produccion.

¿Cuántos lectores tendria el exámen crítico de la lengua? Unas cuantas docenas. Esta obra, que es la que mas necesitaria la proteccion de la Academia, tiene 10,000 reales de premio.

¡Oh Academia! ¡Oh académicos! Pero vamos á cuentas. ¿Qué es lo que han pedido ustedes? ¿Que examinemos el orígen de la lengua castellana antes de que el castellano existiese? Es decir, que quieren ustedes tomar las cosas *ab ovo gemino*, sorprender lo formacion de una lengua en el momento de su incubacion, digámoslo así, determinar qué diversos elementos fecundaron la semilla y constituyeron ésta, y dónde y cómo se fue desarrollando.

Vamos por partes: quieren ustedes fijar: 1.º los orígenes del idioma; 2.º los elementos que le prepararon y le formaron; 3.º el territorio donde nació. Pues bien veamos los estudios que cada una de estas exigencias reclama.

Todo el mundo sabe que el fondo de la lengua castellana es la lengua latina. Hay, pues, que subir al latin para averiguar el orígen de esta parte.

Pero en la lengua castellana hay palabras góticas. Es preciso, por tanto, acudir al aleman, y de allí al godo antiguo.

Hay tambien en nuestro idioma, y en grande abundancia, palabras árabes. Por consiguiente es necesario remontarse al árabe para ver de investigar este elemento originario.

De manera que desde luego aparecen como necesarios profundos conocimientos en el latin, el aleman antiguo y el árabe, para dar un paso en el exámen crítico del orígen de la lengua castellana.

Profundicemos un poco mas la materia. ¿No les parece á ustedes, señores académicos, que en nuestro idioma hay bastantes palabras célticas, como *Toledo*, hebreas como *burro*, y aun *eslavas*, como *chola*, sin contar las muchas derivadas del griego? Pues no podrá juzgarse de este elemento originario sin tener conocimientos del griego, del celta, del eslavo y del hebreo.

Sigamos adelante; supongamos que hay un hombre que posee mas ó menos perfectamente el latin, el aleman, el árabe, el celta, el hebreo, el eslavo y el griego. ¿Creen ustedes que no necesita mas para determinar con exactitud el orígen, la fuente primitiva, de la lengua castellana? Seria un error creerlo. El latin no es una lengua madre: es hija ó nieta tal vez de otra aun mas perfecta, en la cual se encuentran todos sus elementos. Hablamos del sanscrito. Del sanscrito se han derivado las lenguas de la India, y luego las germánicas, y á la rama de las lenguas indo-germánicas pertenecen el latin y el griego. De manera que el orígen de muchísimas palabras castellanas, de la mayor parte de las procedentes del latin y del griego, hay que buscarle en el sanscrito, y el territorio de su cuna en la India, en las riberas del Indo y del Ganges. Tendria, pues, necesidad el erudito de aprender la lengua de los brahmanes, y venir descendiendo por todas sus diversas ramas hasta el latin, el aleman moderno, el celta, el eslavo y el griego, á fin de decirnos el mas remoto orígen de una gran parte de las palabras de nuestra lengua.

Y todavía esto no seria bastante. El árabe tampoco es lengua madre; es una rama de las lenguas semíticas, que tiene por orígen mas antiguo el caldeo, el siriaco, el persa, el cofto.

El idioma castellano es, digámoslo así, el punto de union entre las lenguas indogermánicas y las semíticas: y ha de saber unas y otras el que quiera fijar con la posible exactitud (nunca con exactitud absoluta) el orígen de sus palabras. ¿Qué se sigue de aquí? Que el estudio de los orígenes de una lengua es el estudio de los orígenes de toda la humanidad. Pues bien, si el estudio del orígen de una lengua es el del orígen de la humanidad, el estudio de los elementos que la han ido formando y preparando, es el estudio de las emigraciones de los pueblos, de sus relaciones, de sus choques, de toda su vida histórica y ante-histórica.

Y esto, que podria formar el objeto de los trabajos de algunas generaciones de hombres científicos, propone la academia que se haga por un solo erudito en dos años y por la módica cantidad de 10,000 reales!

¿Y qué diremos de la pretension del catálogo razonado de voces *verdaderamente castellanas?* ¿Quiére decir esto que sean voces nacidas en Castilla y no derivadas de otras; que sean producto espontáneo de la tierra de los garbanzos? Pues esta es una pretension igual á lo que aseguraban de aquella inclusera en la Zarzuela *El Juramento*.

La cual, huérfana de padre,
Aseguran que ha nacido
Sin que la pariera nadie.

Desde nuestro padre Adan, no ha habido persona alguna en este mundo que no haya tenido padre y madre; y del mismo modo desde el idioma que usaron los primeros hombres, no hay lengua, cuyas palabras *todas* no vengan de otra anterior.

Invitamos, pues, á la Academia á que esplique un poco su programa, poniendo á las investigaciones sobre la lengua algun límite preciso, dentro del cual sea fácil hacer ese exámen crítico, tan fácil, que no merezca sino la mitad de lo que se señala á una novela.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LAS PIRAMIDES DE EGIPTO.

Lo que la China es para nuestra época fue el Egipto para los antiguos; el mas estraño, el menos comprendido, el mas estraordinario de todos los paises imaginables, en el cual todas las cosas eran contrarias á como son en las demás partes. Entre los egipcios, las mujeres iban á los mercados y los hombres permanecian en casa é hilaban. Otros pueblos al hilar echaban la lana hácia arriba, los egipcios la echaban hácia abajo. Los hombres llevaban las cargas sobre su cabeza y las mujeres sobre sus hombros; en otros paises los sacerdotes de los dioses llevaban la barba larga, en Egipto los sacerdotes iban afeitados. En otros pueblos los hombres para espresar tristeza se cortaban los cabellos y la barba, los egipcios en ocasion de la muerte de algun pariente ó deudo se dejaban crecer la barba y los cabellos. Los demás hombres vivian separados de los animales, los egipcios vivian con ellos. Otros pueblos apretaban las anillas de sus velas hácia afuera, pero los egipcios hácia adentro. Los griegos escribian y numeraban de izquierda á derecha, los egipcios de derecha á izquierda. El Egipto era la estremidad occidental de la civilizacion del mundo antiguo como la China es hoy aun el último punto de la civilizacion oriental. La única diferencia que hay entre estos dos paises es que al paso que de la China no ha salido nunca mas que seda y té, los griegos creian que todas sus artes y sus ritos religiosos habian tenido su orígen en el Egipto. En esta creencia, cualquier historia que los sacerdotes contasen, era creida como cosa cierta é indudable. Herodoto fue engañado muchas veces como los demás; otras sin embargo nos cuenta lo que le dijeron, pero añadiendo despues estas ó semejantes palabras: «dejo que cada uno lo juzgue por sí mismo; á mí, á la verdad, me parece improbable, porque soy de opinion que en algunos puntos un hombre sabe tanto como otro.»

Memfis fue la ciudad en donde Herodoto se detuvo mas tiempo; era la capital de Menes, el primer rey, así como Roma era la ciudad de Rómulo, y Lóndres la del rey Lud. Allí estaba el templo de Phthah, el dios del fuego (en el cual se dice que los griegos reconocian el original de su propio Hefaistos) construido por Menes en el principio de los tiempos y enriquecido con muchos pórticos por los monarcas que le sucedieron.

Esta ciudad tenia 15 millas de circunferencia y estaba fortificada por la famosa «muralla blanca» detrás de la cual los persas resistieron contra todas las fuerzas de los insurgentes de Egipto auxiliados por los mismos atenienses. Allí estaba el dorado vestíbulo del buey Apis con su magnífico patio rodeado de Faraones colosales en vez de pilares. Allí estaban los templos de Isis y de Osiris, el señor de Hades (el infierno), Serapis con su cabeza de toro y la Venus estranjera que se creia que fuese Elena, la cual, á despecho de Homero, dicen que no estuvo jamás en Troya, sino guardada en Egipto por el divino rey Proteo, hasta que su marido despues de haber quemado sin causa á Ilion, volvió y la condujo pacíficamente á su casa de Esparta.

Allí tambien en frente del templo de Vulcano estaban las estatuas de Sesostris y su mujer, de treinta codos de altas, y en frente de las cuales los sacerdotes no permitieron á Darío el gran rey que pusiera su menos digna imágen; pero mas altas, mas grandes y mas antiguas que todo, las tres pirámides estaban sobre las pequeñas colinas de la Libia en el ángulo del desierto, marcando el límite occidental de la ciudad que se estendia 5 ó 6 millas á lo largo del rio y sobre el rio por el puente hasta el arrabal, dirigiéndose despues hácia Heliópolis. Toda la llanura estaba cubierta de templos, acueductos y estatuas de proporciones gigantescas, y fuera, en las calles, como si las bajas casas fueran demasiado pequeñas para contenerlos, en frente de su dios del Sol, millones de hombres y mujeres negras, comian y bebian, y trabajaban y jugaban en la mas completa oposicion con todos los usos establecidos por la civilizacion griega.

En medio de todo sonriéndose graciosamente como un rey, corria el rio mayor del mundo, que al contrario de todos los demás rios se aumenta durante la canícula y disminuye en el invierno. Herodoto no pudo obtener una noticia exacta acerca de este fenómeno. «En cuanto á las fuentes del Nilo, dice, no encontré jamás en mi viaje con egipcios, libios y griegos» mas que un hombre que pretendiese saber algo. Maravillado de esto y persistente en su idea el padre de la historia subió por este rio estraordinario, hasta llegar á la catarata y halló que el depósito era negro, como si indicara que el rio venia del pais de los hombres negros y que todos los años se elevaba sobre el nivel de los campos, etc.

Sin embargo, de todos los prodigios del Egipto no habia ninguno que pudiera superar al primero que se encontraba cuando viniendo desde Naucratis por medio de la llanura inundada se veian en frente las pirámides. ¿Quién las construyó? ¿en qué época fueron construidas? Tal es la primera pregunta que hace el viajero que las descubre; hé aquí tambien las dos preguntas que hizo Herodoto á los sabios sacerdotes de Vulcano y las que á pesar del largo tiempo trascurrido desde entonces no han recibido una contestacion satisfactoria y definitiva.

A unas 11 millas del Cairo, en la orilla opuesta, ó sea la orilla occidental del Nilo, cerca del pueblo de Mitrahenny, los campos se elevan en altos terraplenes sombreados por algunas palmeras; en frente está la estatua colosal de Sesostris, es decir, de Ramesces el Grande. Esto es todo lo que queda de Memfis, escepto las pirámides que se ven en el bajo horizonte por la parte de occidente; y á lo lejos, cruzando el rio hácia el Oeste, un solo obelisco en un jardin indica el sitio de Heliópolis.

Sobre la llanura el tiempo ha escrito y borrado y vuelto á escribir los caractéres vivos de diferentes historias, desde que estos antiguos monumentos empezaron á verse unos al lado de otros. Faraones y reyes de Pérsia, Tolomeos y Césares, paganos y cristianos, califas, visires, sultanes y grandes señores, han levantado aquí sucesivamente sus tronos. La idolatría, la filosofía, el cristianismo y el islamismo establecieron alternativamente su poder intelectual. El Egipto ha protegido á Abraham, Jacob, José, Moisés, Jeremías y al Salvador mismo. Alejandro, Pompeyo, César, Antonio, Augusto, Saladino y Napoleon, ganaron ó perdieron aquí sus laureles. Coftos, persas, griegos, romanos, sarracenos, turcos, mamelucos, franceses é ingleses, lucharon y conquistaron aquí alternativamente por espacio de cuarenta siglos á la vista de las pirámides. Todos las contemplaban, todos se admiraban y todos se preguntaban ¿quién las construyó y en qué época? Pero nadie ha contestado aun. Las pirámides han sido medidas, despojadas, examinadas y saqueadas de todos los modos posibles; sin embargo, la cuestion permanece en el mismo estado que cuando el sencillo Herodoto abrió la discusion en la fiesta de las panateneas el año 445 antes de la venida de Jesucristo.

Las pirámides, es decir, las tres que monopolizan este nombre, porque unas sesenta ó setenta mas, existen en el Bajo Egipto, están en una línea diagonal de Nordeste á Sudoeste, y los costados de cada una de ellas hacen frente exactamente á los cuatro puntos cardinales. La que está mas al Norte es la mayor, y la llamada vulgarmente la primera, aunque algunos la creen la segunda. Las dos primeras difieren poco en magnitud y en construccion; cada una de ellas ocupa 12 acres de tierra, y se elevan á 450 pies de altura. No solamente son ahora los únicos restos de las siete maravillas

del mundo, sino que además son sin duda alguna los edificios mas grandes y mas antiguos que existen. La pirámide tercera es la mitad menor que las otras, pero de una construccion superior. Las tres, segun informaron á Herodoto, fueron edificadas por los reyes cuyos nombres llevan, con intencion de que les sirvieran de sepulcro, la primera por *Cheops*, que reinó cincuenta años, la segunda por su hermano *Cephrenes*, que reinó *cincuenta y seis años*, y la tercera por *Mycerino*, hijo de Cheops. Los frentes de las tres fueron hechos con losas de piedra cuidadosamente formadas, y presentan una superficie lisa é inaccesible desde la cima hasta la base. En el costado de la primera hay una inscripcion en la que el guia de Herodoto leyó que se habian gastado 1,600 talentos de plata en comprar nabos, cebollas y ajos para los que trabajaron en ellas.

No se menciona ninguna otra inscripcion, y aun esta ha desaparecido, porque los árabes arrancaron la piedra que la contenia, con otras muchas de las otras pirámides, para construir su ciudad de Masr-el-Gahireh (Misraim el Victorioso), ó sea la ciudad llamada el Cairo. Herodoto dice que estas piedras fueron llevadas de las montañas de la Arabia por el otro lado del Nilo, y conducidas por una calzada hecha con este objeto desde el rio hasta el principio del desierto. Este camino, en cuya construccion se emplearon diez años, estaba hecho de piedras labradas con animales esculpidos en ellas, lo que en su opinion era una obra no muy inferior á la misma pirámide.

Cheops y Cephrenes se ha dicho despues que habian *sido tiranos impíos que redujeron el pueblo á la miseria*, que cerraron los templos y que prohibieron los sacrificios durante un período de ciento seis años, que es el total de sus dos reinados unidos. El primero fue enterrado en una habitacion subterránea debajo de la gran pirámide, y su tumba rodeada de agua introducida por un canal secreto del Nilo. La memoria de ambos fue maldita, y hasta sus nombres eran pronunciados con repugnancia y aborrecimiento. Tal era la relacion de los sacerdotes.

Entre el vulgo la tradicion era que la pirámide mayor habia sido construida por el «pastor Philition cuando apacentaba sus ganados en las llanuras de Memfis.» Este pastor es únicamente la personificacion popular de los filisteos, de quienes el pais del lado de allá del istmo recibió el nombre de Palestina. Acerca de estos pastores se han dicho y conjeturado cosas maravillosas, tales como que eran hijos de Cham, que arrojados de las llanuras de Sennaar, habian invadido sucesivamente el Egipto y la Siria, de donde fueron espulsados otra vez como castigados por la justicia divina, y bajo los nombres de ciclopes, pelasgos, fenicios, etc., fueron arrojados de Grecia, de Tiro y de Cartago, y de las demás colonias y ciudades del mundo antiguo, hasta que llegaron á América, donde los vestigios de su estraña arquitectura y de sus trages, tales como están pintados en los monumentos del Egipto, se encuentran aun en la actualidad.

Este movimiento estraordinario puede, en efecto, haber tenido su principio en el Egipto desde que los filisteos y los *caphtorim* ó coftos fueron citados como descendientes de Mizraim. Los primeros, sin embargo, habian abandonado el Sur de la Palestina en la época temprana de Abraham, dejando el pais de sus antepasados y dando lugar á que el Egipto fuese llamado «pais de los coftos.» Esta separacion parece haber sido un acontecimiento importante en la historia primitiva, y los monumentos egipcios indican que esta guerra fue continuada por mucho tiempo entre los coftos y los filisteos.

Los fenicios, como los árabes posteriores á ellos, recorrian igualmente el mar y el desierto; eran á la vez marineros y pastores, las dos profesiones mas detestadas por los egipcios. Cuando las yerbas del desierto les faltaban, *conducian sus rebaños á los fértiles campos* del Delta. Tales depredaciones fueron esperimentadas por los hijos de Sem por el lado del desierto de la Arabia, «por lo que cada pastor era una abominacion entre los egipcios.» Existia la tradicion, que Josefo ha conservado de Manethon, de que en una época los estranjeros se apoderaron del mismo Memfis y se hicieron dueños de todo el Egipto. Estos estranjeros eran los *Hyksos*, ó reyes pastores, descritos como enemigos crueles del pueblo y de los dioses de Egipto, que quemaban los templos, que mataban á los sacerdotes y que echaban á los que no querian admitir su yugo al valle superior, donde se formó una poblacion, y habiéndose reunido al guna fuerza, espulsaron por fin á los pastores, y el Egipto fue unido á la monarquía del rey de Tebas.

La fecha y duracion de esta lucha son completamente desconocidas. Manethon dice que cinco de las dinastías egipcias (desde la décima tercia hasta la décima sétima, inclusas ambas), estuvieron sosteniendo esta lucha, pero no cita mas que seis reyes, los nombres de los cuales no se encuentran en ningun monumento. El baron de Bunsen *cree que este período* fue mas largo aun, pero su opinion nos parece exagerada.

Herodoto oyó hablar mas de Cheops que de Chephrenes, pero mas aun de Mycerino. Era un rey bueno y piadoso, un idólatra ortódoxo que volvió á abrir los templos, que restableció los sacrificios y que consultaba los oráculos. Fue arrebatado por los dioses como demasiado bueno para tan malos tiempos, aunque no con todo su gusto ni tampoco sin una reclamacion muy decidida por su parte. Habia tambien otra historia acerca de la tercera pirámide, ó sea la pirámide encarnada, llamada asi por la piedra de que está construida, y que es la misma que vemos en los objetos de arte de Tebas; segun esta historia, que Herodoto trata de anacronismo ridículo, la pirámide habia sido construida por Rhodopis, hermosa griega, en otro tiempo esclava en la misma casa que el fabulista Esopo, la cual habiendo obtenido su libertad, se estableció en Naucratis y adquirió grandes riquezas, pero no todas las necesarias para un monumento tal; además, Rhodopis vivia en tiempo del rey Amasis, 566 años antes de Jesucristo, y Herodoto calculaba que Cheops habia reinado unos 800 años antes de la venida del Salvador.

Tales son las noticias recogidas por el padre de la historia. Los griegos y los romanos que visitaron el Egipto posteriormente, añaden poco á estos datos. Cuatro siglos y medio despues, Diodoro escribia Chembes *en lugar de Cheops*, y Chrabryis *en vez de Cephrenes*, añadiendo que nadie estaba enterrado entonces en esta pirámide, porque el populacho, irritado por su tiranía, habia amenazado hacer pedazos sus cadáveres para evitar que fueran enterrados por sus amigos en algun lugar oculto. La tercera pirámide tenia el nombre de Micerino grabado en el frente que daba al Norte; algunos, sin embargo, la llamaban aun el sepulcro de Rhodopis, pero verdaderamente no habia igualdad de opiniones en cuanto á ninguno de los fundadores; algunos atribuian la gran pirámide á Armœus, la segunda á Amosis y la tercera á Inaron.

Estrabon, que fué alli poco tiempo despues que Diodoro, atribuye tambien la tercera pirámide á Rhodopis, llamada por Safo, Doricha. Plinio repite la misma historia, que parece haber sido la tradicion favorita de aquel tiempo, pero concluye diciendo que faltaban todas las noticias seguras, y que los verdaderos autores de estas malas é insensatas manifestaciones de riqueza, habian sido entregados á un olvido merecido.

(*Se continuará*).

A.

ESPEDICION CIENTIFICA AL PACIFICO.

En la mar con rumbo á Payta. Abordo.
Fragata Triunfo, julio 28 de 1865.

Siguiendo mi querido amigo, contándote las variadas impresiones de mi viaje al Pacífico, continuaré con las que he recibido despues de mi última carta escrita en la capital del Perú.—Pasado el primer bosquejo que hacia en la ya citada, escrita bajo la influencia de *correr la bolla*, como decimos nosotros cuando nos fastidiamos sobremanera, no teniendo dónde posar nuestro cuerpo y nuestro espíritu, sin idea ni rumbo fijo, hablaré ya con mas seguridad y en desórden, porque despues se han sucedido los placeres y los estudios sin interrupcion hasta el punto y hora de dar nuestras velas al viento para continuar nuestra navegacion.

El carácter limeño es franco y generoso en particular, y diré mas, un poco fastuoso, resto á mi juicio de nuestros caballeros antiguos que tiraban, como vulgarmente se dice, *el bodegon por la ventana*. Tienen grande inclinacion al lujo, en particular el sexo bello, que es gracioso y lleno de esquisito buen gusto. Suaves, amables, ofrecen rasgos de inteligencia é imaginacion naturales. Su educacion esterior es seductora y la mayor parte tocan el piano, cantan, bailan y no hay como ellas para colocarse una flor, un tocado nuevo ó un manto; *la limeña es una andaluza en la coquetería, pero sin* su altivez ni sus chistes. La limeña provoca y se rinde, la andaluza provoca y se rie dejándoos confusos con un chiste; la limeña os contesta *vaya, no sea liso* (atrevido). ¡Qué lisura! (atrevimiento) con los labios y con los ojos os anima; la andaluza, con sus palabras os hace *liso* y con su mirada altanera os corta y os hace sonrojar de vuestras propias palabras, riéndose despues y poniendo vuestro espíritu en peligro de perderse á los *rudos golpes de su imaginacion atolondradora*, es una hada, algo entre corpóreo é incorpóreo, es cuerpo y es alma; la limeña es andaluza en el cuerpo, en el alma no; es toda gracia y encanto esterior, toda coquetismo y voluptuosidad; la andaluza si bien es la mujer mas voluptuosa de España, tiene mas corazon, quiere mas y mas de veras; este paralelo no es un juicio, es una impresion y como tal la trascribo sin declararla ex-cátedra, á pesar de que en general, sea dicho de paso, todos los juicios emitidos siempre por todos, son descritos segun su impresion, y bajo las impresiones ya favorables ó contrarias que han tenido: á veces solo el desden de una bella de un pais ha hecho á un escritor desatarse en injurias contra ellas.—Repetiré que son amables, finas y que nosotros hemos sido muy bien recibidos por ellas, y no tan bien como es lógico por los *ellos* permitáseme esta libertad de familiar lenguaje.

Dejando ahora la parte fisico-moral, diré que en Lima he encontrado casas que me han hecho recordar nuestros antiguos *señorones*: grandes patios, grandes salones ó *cuadras*; esta dicción de *cuadra* es singular, mucho mas cuando á cualquiera le dicen por primera vez «pase á la *cuadra*» Sin saber se admira uno, y mas cuando pasa á un salon de elevado y artesonado techo, cortados algunos con enormes puertas de cristales para dividir las habitaciones; con grandes adornos de oro y medallones de un género que aunque *rococó*, es elegante y tiene la grandiosidad de mediados del pasado siglo. Entonces pasa la impresion de la *cuadra* y confiesa uno que nuestros abuelos eran hombres de gusto en realidad, sino en palabras, y sobre todo positivos, y que un salon de Madrid, *seria para ellos un zaquizamí* y que un *Bufet* de ahora es una miseria comparado con una *mesa de onze* de las suyas, bautizadas en anglo-americano en *Lunch*, en fin, que antes todo era sólido, era verdad, y ahora todo es palabrería franco-inglesa.

La entrada á la cuadra es por una gran puerta de cristales y en los costados dos rejas de fierro forjado inmensas, con un garabatedo que ni el laberinto de *Creta pintadas y doradas; compare usted* esto con el ridículo descansillo en los cielos: la puerta pintada de azul y amarillo y el *ventanillo* nuestro; ¡horror! abominacion tengo al ventanillo, especie de gatera-torno; nacido de la civilizacion: aquí se entra paladinamente en la sala sin llamar; todo está abierto y eso que acusamos á esta república de falta de órden, de que no se puede vivir; pero al menos todo está franco y nunca un criado (como sucede en esa córte) cuando no os conoce os toma por un ladron hablándoos por la gatera enrejada. Me dirán que esto es necesario; diré que no, que en un pais bien gobernado el ciudadano no necesita de rejas ni resortes de metal por mas laboreados que los hagan, para vivir tranquilo. La policía reconoce los individuos y vela por los ciudadanos; en París no se necesitan esos ventanillos ridículos, y que indican la poca seguridad en que se vive.

Algun imberbe ó no imberbe pollo, defenderá la utilidad de los antiguos ventanillos de rejilla; que le permiten besar la blanca y pulida mano de su tormento y cambiar las dulces palabras y citas á su ídolo; pero ¡guai! si es de recorte de labores, se contentará con *palabras y el brillo de los ojos moviéndose por entre* los arabescos de la gatera; ten cuidado implume, ese moviente brillo será tu muerte: huye infeliz.

Dejando aparte esta digresion ventanillera, seguiré admirando las magníficas casas que en tiempos mejores construyeran los españoles en la ciudad regada por el *Rimac*. La fachada por lo general tiene una gran puerta al centro, sobre esta un balcon, y á los costados dos enormes miradores de mucho vuelo y que cogen los dos costados de la casa, sea chica ó grande; entre una de estas se halla la de los Tagles, que es una casa de mejor gusto y de un especial carácter y que tengo en mi cartera para publicar á su tiempo: nada mas singular y bello al mismo tiempo.

Desde la calle se ven el patio y la cuadra y los salones divididos por los cristales de que he hablado; figuraos esto de noche iluminado y con parejas que cruzan despidiendo mil chispas al cruzar delante de multitud de luces, ya de sus trages ya de sus joyas y de sus negros y brillantes ojos y tendréis un cuadro de esos de alucinamiento y fiebre como se pintan en los cuadros de las tentaciones de San Antonio, algo de fantástico que os detiene al pasar presuroso delante de una portada, especie de cuadro de linterna mágica que podeis detener parándoos á contemplarle.

De aquí el que cuando hay algun baile vayan á las puertas multitud de curiosos y curiosas tapadas enteramente, porque para esto no se ha abolido la costumbre de no enseñar mas que un ojo, ¡y qué ojo! aquí otra vez de San Antonio. Trabajo cuesta el penetrar entre aquella reunion de brujas al parecer y de gente desconocida *al parecer tambien, que al siguiente dia os cuenta* con quien bailásteis, lo que hicisteis y algo mas de su propia cosecha que es su fuerte como dice Espronceda.

Me perdonarán si en una carta, relacion de viaje entrometo nombres propios, palabras compuestas y digresiones, sin cuento, pero sin digresiones no hay escrito posible; se acabaria en seguida; es menester hablar de todo y mezclarlo todo: el siglo es muy erudito; ¡cuánto escritor *conozco yo que si no fuera por* nombres propios é ideas agenas, no podria llenar mas que una cuartilla, y haciendo citas, poniendo coplas, admiraciones y muchos blancos de papel, consigue hacer un libro, para luego decir *mis obras*, asi como luego diré yo mas tarde *mis viajes*.

La estension de Lima hoy dia es de 13.343,680 varas castellanas cuadradas; toda ella está rodeada de murallas construidas en 1683 por órden del virey, duque *de la Palata; su estension primitiva fue de 22 cuadras*, entre Oriente y Occidente y 14 de Norte á Sur. Mentira parece que haya tomado tal aumento desde que Pizarro hizo su fundacion con solos 10 españoles, agregándose á estos 11 individuos, 30 que bajaron de *Sangallan* y 25 individuos de Jauja, con los que se completaron 70 personas. En 1859 ascendia la poblacion á 100,341 habitantes, de los cuales 23,714 son naturales de Lima, 37,030 lo son de los demás pueblos de la república, y 39,597 estranjeros, por lo que se ve

que la cifra de estranjeros es la mas crecida de todas.

Pero lo que es crecido sobre todo es la cifra de 67 templos que tiene Lima, con 67 fachadas, de adorno de estuco de depravado gusto. Solo son notables algunos claustros, como el de San Francisco y Santo Domingo. La catedral, fundada por Francisco Pizarro y mejorada por el arzobispo Loaisa; á causa de terremotos y otras interrupciones duró el trabajo de su construccion 90 años, y tuvo de coste 594,000 pesos. El terremoto de 1746 destruyó nuevamente el edificio, que fue reconstruido por el virey Superunda.

No tiene mas mérito este monumento, que ser de grandes proporciones; á pesar de ciertas descripciones que tengo ante mi vista de altisonantes palabras y que al lector le harian creer que valia algo la catedral. Lo único notable es la silleria del coro que se estiende en longitud 24 varas y 13½ en latitud. Es de cedro y caoba, artísticamente tallada en el gusto de los últimos tiempos del renacimiento con columnitas y recuadros, y cada una una figura de medio relieve en el género de Berrugueta representando los apóstoles, patriarcas y doctores de la Iglesia. Se compone toda la silleria de 73 sillas altas y bajas. Es una de las cosas verdaderamente de mérito que hemos dejado á Lima en el terreno artístico.

El puente sobre el Rimac, obra de los españoles tambien, no tiene mas mérito que el de su solidez y el de contarse sobre él alguna que otra ridícula conseja. En la parte que mira al Sur se eleva un arco de gran elevacion, todo lleno de pintorroteaduras. Un reloj adorna el arco por cima y sirve útilmente á la poblacion, y es el único que está iluminado de noche.

El paseo de los Descalzos, situado al otro lado del

ESPEDICION CIENTIFICA AL PACIFICO.—PLAZA Y PALACIO DE LA INTENDENCIA.—VALPARAISO. (CROQUIS DE CASTRO.)

puente, en 1611 era solo una alameda, que se reformó en 1856 y en su área se ha formado un bellísimo paseo.

El área tiene de estension 60,623 varas cuadradas.

El centro es una hermosa calle de 19 varas de ancho, rodeada de una verja de fierro, traida de Europa; en el estremo hay un estanque con un surtidor que lanza el agua á mediana altura.

En ambos lados se han plantado flores y arbustos de agradable aspecto; bordeando estos plantíos hay distribuidas 100 pilastras con jarrones de fierro y 12 estatuas de marmol en sus pedestales que representan los doce signos del zodiaco

En los costados de la verja hay calles de sauces de un género especial y en el lado derecho se ha construido una especie de kiosco para la música que concurre los dias festivos. Este paseo ha costado 119,047 pesos 7 reales. Este pico de los 7 reales es delicioso y me hace dichoso el saber este detalle.

Al finalizar la alameda del Hacho y no lejos del paseo de que he hablado, se encuentra un monumento elevado á Cristóbal Colon; es un grupo representando á Colon descubriendo á un indio y mostrándole la cruz, obra bastante bella del italiano Salvatore Revelli tuve gran placer en ver esa prueba de aprecio á tan insigne y noble talento. ¡Ojalá que en esa córte se le hiciese un monumento digno, aunque fuese por suscricion nacional, asi como se hace para hombres de partido de escaso mérito; y esto no encontraria oposicion ni daria lugar a ridículas legislaciones sobre estatuas; asi es menester abogar porque en el punto mas céntrico de Madrid se levante un monumento al hombre que nos dió un nuevo mundo y que fue pagado tan ingratamente, y parece que esta ingratitud se perpetúa todavía cuando en España no tiene todavía un monumento digno de su nombre.

Ya que toco las estatuas, diré que en la plaza de la Constitucion se levanta un pedestal y sobre éste una estatua ecuestre de bronce de Simon Bolivar, libertador é independizador de estos paises. Del individuo no diré nada; de la estatua ecuestre sí; es detestable, desproporcionada, monstruosa y ridícula; la cabeza pequeña, los brazos enormes, el cuerpo tiene el mismo defecto, y la posicion que es la de saludar al pueblo forzadísima y parece tener dolor de vientre al ver una república sin republicanos y otras friolerillas que no son del caso por ahora. Costó esta obra mas de 22,000 pesos y es un mamarracho. La de Colon costó solo unos 9,000 y vale mas; no consiste en el dinero todo, sino en el gusto; pero al tratarse del libertador *botaron plata* en cantidad, considerando que su valor consistia en su mayor ó menor costo.

(Se continuará.)

IGLESIA DEL ESPIRITU-SANTO Y CAPILLA

SAGRARIO EN MÉJICO.

Entre los monumentos religiosos de Méjico, merece particular atencion la iglesia del Espíritu-Santo.

Este espléndido y grandioso monumento, del cual damos un grabado, pertenecia á los Jesuitas. Los materiales de su construcion son magníficos, y algunos

cuadros de pintores afamados adornan las capillas principales.

En la plaza Mayor se eleva la iglesia metropolitana, templo magnífico, construido por el célebre Herrera, cuyas dimensiones son imponentes. La fachada pertenece á ese género de arquitectura, llamado del Escorial, que siguió en España al Renacimiento.

El plano es una cruz latina. La seccion de los dos brazos está cubierta por una cúpula de piedra, que descansa sobre cuatro pilares sumamente atrevidos.

Se ven cinco naves con sus capillas suntuosamente adornadas. El altar mayor, situado bajo la cúpula, es de mármol precioso. El oro y la plata brillan con tal profusion, que si no se tuviera noticia de las grandes riquezas de tan feliz comarca, pareceria mentira tanta magnificencia.

El interior de la catedral es de un efecto imponente. Al ver la cúpula que tan magestuosamente se eleva, se queda suspenso el ánimo. Su estension, las inumerables riquezas de sus adornos, todo en fin, anuncia el santuario de la primera catedral de América.

Por una puerta que se abre en el interior, se pasa á la capilla del Sagrario, que en todas las catedrales españolas, es una capilla adjunta al edificio principal, donde se celebran todas las ceremonias de la parroquia.

La capilla del Sagrario de Méjico está considerada como el templo mas rico en piedras y en metales preciosos.

El interior de esta iglesia es de los mas sencillos. Diríase que el arquitecto ha querido guardar todo su genio para el decorado de la fachada, cuyo género de arquitectura, enteramente diferente al de la catedral, se llama Carreguiresco, recordando el nombre de su autor Carreguira.

Son los ornamentos mas raros, los adornos mas estraños, las figuras mas caprichosas que se puedan imaginar: es un género de arquitectura, en fin, propio de este artista, y que en ninguna parte se encuentra. Sin embargo, á pesar de todos esos caprichos y defectos, la fachada del Sagrario, presenta en su conjunto un golpe de vista admirable.

Damos tambien el grabado de tan notable edificio. Sino fuera por la cruz que se eleva en el aire se la tomaria al pronto por una pagoda de Budha, ó por un *teocalle* de Bohica, el Budha del Nuevo Mundo.

La fachada y especialmente las dos puertas laterales tienen en efecto mas analogía con los santuarios indios que con las iglesias cristianas. Diríase que Carreguira se ha inspirado únicamente en las antiguas tradiciones mejicanas, y que bajo el pretesto del Sagrario y de la catedral, ha levantado un nuevo *teocalle* á los antiguos dioses de Méjico.

EL CARDENAL WISEMAN.

EL CARDENAL WISEMAN.

Cuando los grandes intereses se ven combatidos por grandes huracanes, aparecen tambien grandes genios que saben defenderlos y conducirlos, mas ó menos pronto, á puerto seguro. Muchos son los que en estos tiempos de general trastorno para la Iglesia Católica, han prestado eminentes servicios á la causa de los fieles, y entre estos merece el cardenal Wiseman un lugar distinguido. Sobre todo en Inglaterra el cardenal Wiseman es la interesante figura que se destaca de entre las luchas político-religiosas del siglo XIX, ya como hábil publicista, ya como profundo filósofo y animoso defensor de los intereses de la silla apostólica.

Nació el cardenal Nicolás Wiseman en Sevilla, en 2 de agosto de 1802, de padres irlandeses y comerciantes. Fue trasladado desde muy niño á Inglaterra, y en Ushaw, cerca de Durham, en el colegio católico de San Huberto, fue donde se educó, pasando luego á Roma á seguir los estudios teológicos. En la capital del mundo católico fue ordenado sacerdote, y durante algunos años continuó en ella agregado á la Universidad y dedicado á la pública enseñanza. En 1835 regresó á Inglaterra, tomando la direccion del colegio de Ushaw, y no tardando en interceder con gran calor y energía con el papa Gregorio XVI, para que aumentase el número de dignatarios del alto clero católico de su patria.

Era este un paso que no podia verse con agrado por la religion protestante, y desde entonces Wiseman fue considerado como declarado amigo y valedor de la córte de Roma. El número de altos eclesiásticos fue nada menos que doblado, y él mismo recibió el cargo de coadjutor del doctor Walsh, y de jefe del colegio de Santa María en Oscott.

Su gran crédito en Roma fue siempre en aumento, y á tanto llegaron sus esfuerzos que reclamó de Pio IX la restauracion completa de la gerarquía religiosa en Inglaterra, medida que retardó la revolucion de Italia de 1848; pero que se realizó en 1850 causando en su pais, protestante casi todo, una irritacion estremada y amenazadora. El papa le nombró en 1848 pro vicario apostólico de Lóndres, y en 1849 vicario apostólico en reemplazo de Mr. Walsh, siendo elevado á la dignidad de cardenal en el consistorio del 30 de setiembre de 1850, al propio tiempo que ocupaba el arzobispado de Westminster. Este último cargo y elevada dignidad, le dió, como es de suponer, la alta direccion de los negocios católicos del reino.

Tenemos del cardenal Wiseman cierto número de libros de devocion y de instruccion religiosa; entre ellos: *Discurso acerca de las relaciones que existen entre las ciencias y la religion revelada.* (Twelve lectures on the connection between science and revealed religion), Lóndres, 1836. *Conferencias sobre el protestantismo.* (Conferences on protestantismus), 1839. *Doctrinas y prácticas de la Iglesia Católica* (1850) *Ensayos sobre diversos asuntos.* (Essays on various subjects), 1853. *Fabiola* (1854), novela acerca de los primeros siglos de la Iglesia cristiana; y oraciones, discursos y artículos mas ó menos notables. Hoy ha promovido con su entusiasmo natural la solemnizacion del aniversario del famoso concilio de Trento.

Lástima seria que esta privilegiada actividad terminase; pues, segun han dicho los periódicos, el ilustre cardenal Wiseman está enfermo de gravedad en estos dias.

EL GLOBO NADAR,

Ó LA PRIMERA ASCENSION DEL GIGANTE.

I.

¿Sabeis quién es Nadar? Nadar es un artista, un célebre fotógrafo, que cansado de manejar la cámara oscura, ha concebido la idea de escalar el cielo, para robar al sol sus misterios.

Mas no creais que Nadar trata de hacer una simple ascension aereostática por los medios conocidos hasta el dia.

IGLESIA DEL ESPIRITU SANTO, EN MEJICO.

Dotado del ardiente espíritu del poeta y de la fe del inventor, ha creido encontrar en el hélice las condiciones necesarias para descubrir la piedra filosofal de nuestro siglo: ¡la locomocion aérea!

Ved, pues, si tan grave empresa, por tantos acometida y por nadie llevada á cabo, vale la pena de que todo París, todo Francia, todo el mundo científico, espere ansiosamente el resultado de la primera prueba.

Hace ya muchos meses que Nadar se ocupa incesantemente en hacer los preparativos necesarios para realizar su intento, y por lo tanto, no debe estrañarse que cuando empezó á circular por París la noticia de que el domingo, 4 del actual, era el destinado para hacer la primera ascension, se ofreciese todo el mundo asistir á ella.

El teatro de ese suceso, por lo demás, era tan vasto, que no podian faltar localidades.

Como que comprendia todo el Campo de Marte.

Así se esplica el que asistiesen á la primera representacion mas de doscientos mil espectadores, ínterin que otro número igual, cubriendo todas las colinas y eminencias de los alrededores, respondia, con sus murmullos primero, y con sus aplausos despues, á los murmullos y á los aplausos de aquel océano humano que ocupaba los doscientos mil puestos de preferencia.

En los semblantes de la multitud que desde por la mañana del 4 llenaba los muelles y las calles que desembocan delante de la Escuela Militar, se conocia que no era la curiosidad el único móvil que impulsaba á aquellas enormes masas de gente.

Parecia como que participaban de la esperanza del inventor.

El vulgo se paga mucho de los grandes objetos, sobre todo si no conoce aun bien sus cualidades, y no puede negarse que los colosales aprestos hechos por Nadar, eran mas que suficientes para lijar y preocupar á un pueblo impresionable como el parisiense.

En efecto, el *Globo-Gigante*, construido bajo la direccion de Nadar, tiene nada menos que 90 metros de *circunferencia*, y *se han invertido en su confeccion veinte mil metros* de tela de seda blanca, hecha en Lyon espresamente para que sirviese á ese objeto.

El arqueo total del globo Gigante es de 6,500 metros cúbicos de gas, es decir, 4 000 metros cúbicos mas que el *globo-monstruo* con que Mr. Delcourt hizo la travesía desde Lóndres á Weilburg en 1837, pues éste no media mas que 2,500 metros.

Y el pueblo de París lo sabia esto perfectamente, pues lo habia leido en los *cien mil* ejemplares del *Diario de Mr. Nadar*, vendidos aquella mañana.

Contribuian á aumentar el entusiasmo y la ansiedad del vulgo, la preocupacion y la ansiedad de los hombres ilustrados.

Para estos no se trata, no puede tratarse de un espectáculo, de una fiesta.

Aspírase nada menos que á resolver un problema misterioso, imposible tal vez, cuya solucion hace miles de años que busca inútilmente la ciencia, ese coloso que ha vencido en cien combates al fuego y á la tierra y al agua, pero que ha sido vencido en todas sus luchas con el aire.

Esos hombres, esos adeptos de la ciencia, sabian de *antemano que Nadar y dos ó tres de sus colegas, creen* haber descubierto en el hélice el motor aéreo; y por lo tanto que no es ya cuestion de *aerostacion*, sino de *automocion*.

Trátase de dejar el globo relegado á juego de niños, destronándolo y suplantándolo con la *aereomotiva*, lo cual en el sagrado terreno de la ciencia es altamente trascendental.

Quien quiera detalles mas completos puede buscarlos en el sapientísimo folleto del vizconde Ponton d' Amecourt, titulado *Conquista del aire por el hélice*; y en los números del *Aereonauta*, periódico á que antes hemos aludido, fundado por Nadar.

Estrañábase generalmente cómo Nadar, que aspira á desterrar los globos, ha construido uno monstruoso, para su primera prueba; pero Nadar, el ex-fotógrafo, se anticipó á esa estrañeza declarando que con ese globo daba un gran espectáculo al pueblo de París y á los estranjeros atraidos por la curiosidad, al par que con ese medio se facilitaba los recursos necesarios para su gigantesca empresa.

Y en efecto, al construirse ese *último globo*, ese *gigante de todos los globos habidos*, con una mira especulativa, *ha logrado su objeto*.

La primera funcion le habia producido 200,000 francos, muy cerca de 40,000 duros.

Notemos otro detalle: Nadar comprendió que á pesar de lo arriesgado de la primera prueba, serian muchas las personas que aspirasen al peligroso honor de acompañarle en su escursion aérea.

La barquilla es capaz de veinte personas: Nadar numeró los asientos, fijó en 1,000 francos el precio de cada uno; y apenas hubo circulado la noticia se presentaron dos mil pretendientes.

Mas no fue posible complacer á todos

II.

No le bastaba al nuevo y osado aereonauta ser objeto de todas las conversaciones, disponer de todos los bolsillos, ser blanco de todas las miradas.

Sobreponiéndose á las leyes, aspiró á convertirse en dictador, en tirano del pueblo de París.

Al efecto dictó y circuló el mas despótico de todos los edictos que registran las historias.

Hélo aquí:

Artículo 1.° Todo viajero, bajo cualquiera título que lo sea, abordo del *Gigante*, se impondrá anticipadamente en este reglamento, y se compromete por su honor á respetarlo y hacerlo respetar en su espíritu y en su letra. Acepta y conserva esta obligacion hasta el regreso inclusive.

Art. 2.° No hay desde la salida hasta efectuado el regreso, mas que una voz de mando: la del capitan. ¡Su autoridad es absoluta!

Art. 3.° A falta de penalidad legal, siendo el capitan el único responsable de la vida de los viajeros, *decide por sí y sin apelacion en todas ocasiones*, sobre los medios de asegurar la ejecucion de sus órdenes, y le es debido para ello el concurso de todos los viajeros. En ciertos casos, puede oir el capitan la opinion de los tripulantes, pero su autoridad puede fallar soberanamente hasta contra la unanimidad.

Art. 4.° Todo viajero, *al subir abordo*, declará que no lleva consigo materia alguna inflamable.

Art. 5.° Todo viajero acepta, con el solo hecho de su presencia abordo, su parte de entera y perfecta cooperacion para todas las maniobras, y se somete á todas las necesidades del servicio especialmente. En tierra no puede alejarse del aereóstato sin autorizacion del capitan, ni separarse definitivamente sin haber obtenido permiso para hacerlo.

Art. 6.° A la órden del capitan debe observarse un silencio absoluto. Ese silencio es de rigor durante toda maniobra.

Art. 7.° Los víveres y bebidas, sean los que quieran, llevados por los viajeros, serán depositados en la despensa comun: su llave estará en poder del capitan que es quien efectuará las distribuciones. No se darán víveres á los viajeros sino ínterin permanezcan abordo.

Art. 8.° *La duracion de los viajes, no es jamás* limitada: el capitan es quien lo decide únicamente. El es tambien el solo que puede decidir el dejar en tierra uno ó varios viajeros durante el viaje.

Art. 9.° Todos los juegos quedan absolutamente abordo.

Art. 10. Queda terminantemente prohibido á todo viajero el arrojar de abordo cualquiera clase de peso, bajo ningun pretesto.

Art. 11. El bagaje total de cada viajero, no puede ser, como peso, mayor de 15 kilógramos, y como volúmen, mayor que un saquito de viaje.

Art. 12. Salvo en muy raras escepciones, cuya apreciacion depende del capitan, queda absolutamente prohibido el fumar abordo y en tierra, dentro del recinto que contenga al globo.

Como ninguna de estas prescripciones es indiferente, *por pueril que parezca*, y puede comprometer la vida de la tripulacion, se recuerda aquí nuevamente que queda á la conciencia y al honor de cada viajero el respetar el presente reglamento.»

Creeráse que esas cláusulas dictatoriales, tiránicas, inauditas en el presente siglo, alejaron á los aspirantes á acompañar á Nadar, y que solo insistieron en su demanda, hombres oscuros, entes cansados de la vida, ingleses agoviados bajo el enorme peso del *spleen*...

Nada de eso: el famoso reglamento despertó mas y mas el deseo, el ansia, el afan de pertenecer al número de los elegidos.

¡Jamás—y quede esto bien consignado—jamás se vieron los *cuarenta sillones* de los *cuarenta inmortales*, tan tenazmente disputados como los veinte asientos de Nadar!

Si le hubiera ocurrido subastarlos, las pujas habrian sido de tal importancia, que Nadar, pasando de artista á sabio y de sabio á rico, hubiera tenido el derecho de considerar á Rostchild como á un mendigo.

No lo hizo así y quedóse sabio.

Hoy, sin embargo, es preferible ser rico.

Gracias, pues, á la amistad personal con Nadar, ó á *altísimas recomendaciones*, *hé aquí ahora los nombres* de los venturosos mortales á quienes cupo el singularísimo honor de entrar en la barquilla y, llevando el globo á guisa de gigantesco paraguas, ascender á las nubes, empujados por las ardientes y envidiosas miradas de ¡QUINIENTAS MIL ALMAS!

¡Ah! ¡*Cuántos de esos espectadores*, para mejor manifestar en su admiracion, estarian inmóviles, mudos y con la boca abierta, á manera de papa-moscas!

Hé aquí, repetimos, los nombres de los privilegiados:

Nadar, *capitan*; Marcelo, Luis y Julio Godard, *tenientes*; Turnachon, cuñado de Nadar; *pasajeros*: el príncipe de Sayn-Westgenstein, el conde de Saint-Martin, Eugenio Delesseit, Thirion, Piallat, Roberto Michel, Gabriel Morris, Pablo de Saint-Victor y Villemessant.

Hé ahí los seres mas envidiados de París, durante algunos dias..

¡Mas no! ¡Fáltanos uno! ¿Dónde se halla?

¿Quién es?

¡Ah! ¡Vedle! ¡Ya llega!...

Cruza por entre la muchedumbre una elegante carretela: son las cuatro y se dirige al bosque de Boulogne, *rendez vous, de l'elite parisien*.

La curiosidad, es como la luz: cabe en todas partes.

La persona que ocupa la carretela pregunta la razon de aquella afluencia de gentes: sábela, y olvidándose del *bois*, manda que la conduzcan al *Champ de Mars*.

El carruaje parte al galope: parece como que los caballos participan de la curiosidad general... Mas no hay que estrañarlo: es una especie de fiebre que está en la atmósfera y contagia á todos los seres animados.

Ante el mágico globo, que se hinchaba lenta y magestuosamente, la curiosidad cede el puesto al deseo de tomar parte en el viaje.

Pero todas las plazas, ó todos los camarotes del buque, están ocupados.

¿Qué importa? *¡Ce que femme veut, Dieu le veut!*

Mr. Nadar rechaza la demanda: ¿no se ha negado á que le acompañe su mujer?

Pero la persona que ahora le ruega está dotada de una voluntad entusiasta y tenaz.

Nadar cede: la persona en cuestion pasa de la carretela á la barquilla.

El *público ve con sorpresa, que una mujer*, jóven y hermosa, vestida ricamente, cubierta con un abrigo gris y un sombrero de terciopelo con pluma negra, forma parte de la aérea comitiva.

¿Quién es aquella mujer? Es alguna de esas criaturas, medio artistas y medio aventureras, que aparecen de vez en cuando en París, lo atraviesan de un estremo á otro invirtiendo en el travecto uno ó dos años, para desaparecer en seguida y hundirse en el olvido?

¡No! Esa mujer, jóven y hermosa, reune á todas estas ventajas el prestigio de su cuna y de su posicion social.

¡Es la princesa de La-Tour d'Auvergne; la embajadora de Francia en Roma!

¡Es desde aquel momento, la *lionne* que de un zarpazo de su aristocrática y enguantada mano, acaba de destronar á todas las *lionnes* de París, de esa maravillosa caverna, tan fecunda en encantadoras y deliciosas *fieras*.

III.

Son las cuatro de la tarde: el espectáculo, en aquel momento, tiene algo de verdaderamente grandioso.

El *Globo-Gigante*, casi enteramente lleno de gas, se balancea á derecha é izquierda con cierta magestad.

Aquellos balances, precursores de la ascension, y los acordes de diez bandas militares, tienen casi electrizada á la multitud.

Todas las miradas, todos los corazones, estaban fijos en un solo objeto: *¡la barquilla!*

Consta esta de dos pisos: bajo y alto.

La barquilla estaba sujeta al *gabillot* del círculo del globo con veinte cables cruzados.

Llegó el momento: El globo ascendió lentamente algunos metros y la barquilla hizo un primer movimiento.

La multitud, toda ojos, contemplaba la escena silenciosa y conmovida.

La pluma de aquel sombrero de terciopelo, agitada por el viento, llenó de lágrimas los ojos de mas de cuarenta mil mujeres.

Al dar las cinco, Nadar, rey y señor *absoluto* de aquel reino, de pie sobre la plataforma, quítase el sombrero, saluda á la multitud y pronuncia la frase suprema:

—*¡Soltadlo todo!*

El globo cesa de balancearse y se eleva magestuosamente en línea vertical.

Fue aquel un momento de delirio.

La multitud lanzó un grito, un solo grito de entusiasmo. ¡Y á aquel grito se siguió un aplauso, un trueno que se prolonga por toda la llanura y del que solo puede formarse una idea, recordando la tremenda y ronca voz del Océano, cuando escupe montañas de agua á las nubes!...

Un escritor francés, queriendo ponderar el grito de entusiasmo con que 500,000 bocas saludaban al *Leviatam* de los aires, ha escrito:

«Parecia que nos habíamos trasportado á las carreras »de *Epsom*, cuando el vencedor del *Derby* ha pasado la »meta ó *bien á Madrid*, cuando el toro anonadado »*cae de rodillas y muere á los pies del Tato*.»

(Se concluirá.)

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

A UNA MASCARA.

En vano el rostro velas; le adivino
detrás de ese crespon,
cual se adivina entre las densas nubes
la clara luz del sol.

Dame á copiar la lumbre de tus ojos,
tu cuello de marfil,
y me verás pintar una figura
que se parezca á tí.

Recuerdo tu semblante, le conozco,
¿dices que no, mujer?
le ví la vez primera que de niño
con el amor soñé.

M. DEL PALACIO.

CANTARES.

I.

Mis ojos en los tuyos
se han enganchado;
de tus ojos quedóse
mi alma colgando;
yo no sabia
que eran ojos de escárpia
tus ojos, niña.

II.

Antes de hacerle la caja,
á un muerto avaro midieron,
y el tuno encogió las piernas
para que costase menos.

III.

Tiene la que yo quiero
cara trigueña,
y su alma la blancura
de la azucena.

IV.

Muchos á ver comedias
van al teatro;
yo me voy al del mundo,
que es mas barato;
y en él observo,
que están representadas
con mas acierto.

V.

Mucho te guarda tu madre
pues rejas cierra y balcones;
¡como si entrára por ellos
amor en los corazones!

VI.

El que en promesas fia
es como el gallo,
que antes de que amanezca
ya está cantando.

VII.

Aunque á Dolores quiero,
quiero á Teresa:
que no anda bien un carro
con una rueda.

VIII.

Forman la muerte y la ausencia
en el alma un cementerio,
con nichos donde el olvido
va enterrando los recuerdos.

IX.

Ya sabes que con el fuego
duros metales se ablandan;
hemos de llevar, morena,
tu corazon á una fragua.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL ALCALDE DE CIHUELA.

(CUENTO POPULAR).

Es posible que ninguno de nuestros lectores haya pasado por Cihuela, pobre aldea de Castilla la Vieja, arrinconada en los umbrales de Aragon, como un mendigo que pide limosna á la puerta de su vecino.

Cihuela es un pueblo sucio, miserable y sombrío, hundido entre cerros y montañas. Las chimeneas de sus casas parecen pesar sobre los tejados, los tejados sobre las paredes y las paredes sobre la tierra; parece que todo va á caer desplomado y que basta un ligero sacudimiento para que se convierta en polvo. En sus calles estrechas y empinadas, crece una yerba amarillenta, cuyas delgadas hojas agita el viento suavemente; sus puertas parecen la entrada de un abismo; sus ventanas se asemejan á los nidos de las águilas; entre las hendiduras de sus quebradas paredes asoma la verde cabeza del lagarto; entre las desunidas tejas chillan los gorriones; en la sombra de sus zaguanes habitan los murciélagos, y en los oscuros rincones de aquellas lóbregas moradas teje la araña su tela misteriosa.

Sobre el pueblo se eleva la iglesia, triste como una madre que ve á sus hijos en la agonía. Diríase que aquella masa de piedra tosca y parduzca, llora cuando calla, y grita cuando con la cascada voz de su campana de bronce, toca á oraciones en la última hora de la tarde.

Detrás de la iglesia no hay nada mas que un escarpado cerro, y en la cumbre del cerro un castillo derruido y despedazado sobre la roca, como un gigante vencido y devorado por los cuervos. Al otro lado, y haciendo frente al castillo, sobre la cúspide de un monte, se eleva una solitaria ermita, y entre estas dos montañas, la una coronada por ruinas de guerra, la otra coronada por la morada de paz, se desliza la mansa corriente de un pequeño rio, cuyas tranquilas aguas brillan como líquida plata, bajo las oscuras hojas de los macilentos álamos.

Hay horas en las que aquella pobre aldea parece un inmenso sepulcro abierto entre peñascos, rodeado de soledad y misterio, y envuelto en las tinieblas. Las puertas están cerradas, las casas silenciosas, y desiertas las calles. A lo lejos murmura la corriente del rio, confundida con el rumor de las hojas de los árboles, que mueve el viento de la noche; pero aquel ruido vago llega á los oidos como una lejana lamentacion entonada por coros de fantasmas que se balancean en la impalpable tiniebla.

I.

Era una hora avanzada de la noche, cuando por la sombra de una desierta calle avanzaba en silencio un hombre. La luna habia conseguido trepar sobre la cumbre de los cerros y dejaba caer sobre la torre de la iglesia un tibio rayo de luz.

Por la entreabierta ventana de una casa salia un resplandor rojizo, que se pegaba en la pared de en frente como un cartel de fuego.

El hombre que avanzaba, llegó hasta la puerta de aquella casa y llamó.

—¿Quién? respondió desde adentro una voz robusta.

—Soy yo, tio Florencio—dijo desde abajo el hombre, con acento temblroso.

—Y ¿quién eres tú?

—Soy Pablo, ¿no me conoceis?

—¡Diablo! *murmuró el tio Florencio, abriendo la* puerta—ó tú has mudado la voz ó se han descompuesto mis oidos.

—Todo puede ser—repuso Pablo, rascándose la cabeza.

—Vamos, entra: volvió á decir el tio Florencio cerrando.

Pablo era un jóven de diez y ocho años, robusto, tostado por el sol, y en cuyo semblante, triste en aquel momento, se retrataba una completa ignorancia.

El tio Florencio era un hombre como de cuarenta años, alto, grueso y panzudo. Andaba con la cabeza echada hácia atrás y los brazos á la espalda. Su abultado vientre envuelto en una ancha faja morada, no le permitia verse las puntas de los pies, calzados con unas alpargatas de cáñamo: entre los calzones caidos y la faja levantada, asomaba una blanca camisa de lienzo: un pañuelo de seda de cien colores, rodeado á la cabeza, sujetaba sus cabellos crespos y erizados.

El tio Florencio tenia una fisonomía alegre y maliciosa. Su frente era despejada, sus ojos pequeños y vivos, su nariz larga y su boca grande y risueña. Hablaba mucho y precipitadamente; sus palabras, mas que por los labios, parecian salir por las narices. Soltaba largas y estrepitosas carcajadas y reia hasta apretarse los hijares con las manos.

El tio Florencio era el alcalde de Cihuela. Pasaba por el hombre mas ilustrado de toda la comarca. Poseia la ciencia del cielo y la ciencia de la tierra: conocia los astros y no desconocia á los hombres. Era un filósofo á su modo: su malicia le conducia muchas veces á la verdad: comenzaba por dudar, y rara vez concluia por creer. Era una especie de Descartes campestre.

—Con que, vamos á ver, ¿qué te trae por mi casa? amigo Pablo: preguntó el alcalde.

—Cosas muy sérias, tio Florencio: respondió el mozo.

—Veamos.

—Figuraos, señor alcalde, que me ha sucedido la cosa mas horrible que puede acontecer á un cristiano, y que vengo á implorar vuestro auxilio.

—¡Hola! esclamó el tio Florencio, y tomando en su taburete una posicion casi patriarcal, continuó: cuenta, Pablo, cuenta y procura ser breve, porque el sueño me pesa en los párpados demasiado y necesito esforzarme para que no se cierren.

—¿Conoceis á la tia Olot?

—Sí, respondió el alcalde con una sonrisa.

—La tia Olot es bruja, señor alcalde.

—¡Diablo! y ¿cómo lo has sabido, muchacho?

—Muy fácilmente. Yo venia al anochecer del monte y *bajaba por la cuesta de San Roque con mi borrico* cargado de leña.

—Bien, y ¿qué mas?

—¿Qué mas? al llegar á la ermita ví á la tia Olot que se agachaba hácia el suelo, del que arrancaba unas yerbas con mucha prisa. La grité:—tia Olot, tia Olot...

—Y ella ¿qué hizo?

—Se fue acercando poco á poco y creciendo como una columna de humo, y cuando estuvo muy cerca de mí, se envolvió en un resplandor azulado, que olia á azufre como la puerta del infierno, y despues dió un brinco como un gato, pasó por encima de mí y se perdió en el aire tocando la pandereta. Yo quedé de pie como petrificado, y cuando *volví de aquel vértigo, mi* burro, que habia echado á escape, me llamaba desde el puente del mol no con un rebuzno, que daba ganas de llorar el oirlo. Señor alcalde, mi burro y yo somos gente honrada, que no nos metemos con nadie, y que no necesitamos llevar esos terribles sustos.

—Ya lo creo. Y ¿qué quieres amigo Pablo?

—Quiero acabar de referiros lo que me ha sucedido.

—¡Ah! ¿todavía hay mas?

—Sí señor, mucho mas.

—Pues acaba, hijo, acaba.

—Cuando llegamos á nuestra casa, yo cari-acontecido, y mohino mi asno, quise abrir la puerta, pero estaba atrancada por dentro, y solo despues de muchos golpes y empujones logré entrar en el zaguan; y ¿sabeis lo que ví? Las mulas sueltas y fuera de la cuadra, dándose cada mordisco y cada par de coces que era un dolor; los aperos de la labor tirados por el suelo; la lumbre del hogar que yo habia dejado apagada, habia vuelto á encenderse, y el perro, mi hermoso perro que habia quedado en casa sano y robusto como un álamo del rio, estaba muerto, señor alcalde, mas muerto que mi abuelo.

—Pablo, es un gran trabajo lo que te pasa; dijo el tio Florencio sonriendo y rascándose una oreja.

—¡Ah! sí señor, un gran trabajo. Y despues de todo, mi casa huele á demonios que apesta.

—¡Vaya! todo se arreglará.

—Sí señor, sí; todo se arreglará, pero mientras tanto mi pobre perro ha muerto y nadie habrá en paz en mi casa, porque la tia Olot, esa bruja, vieja y seca como un tronco de parra, nos ha hecho mal de ojo á todos, y si no se nos lleva el diablo, andaremos por ahí como alma en pena.

—¡Eh! no tengas cuidado; vete á descansar y procura dormir, para que mañana tengas los sentidos mas despiertos.

—Pero señor alcalde...

—Anda, anda con Dios.

—Bueno, me marcharé á cualquiera parte menos á mi casa. Estoy seguro de encontrar en la cama á la tia Olot.

El alcalde soltó una de sus mas estrepitosas carcajadas, y Pablo repuso amostazado:

—No son cosas de risa, señor alcalde.

—Y qué quieres, muchacho,... si yo no puedo dejar de reirme... tengo una risa tan retozona y tan...

Y la carcajada no le dejó concluir.

Cuando pudo serenarse, replicó:

—Te repito que todo se arreglará; yo me encargo de librarte de la tia Olot; pero ahora déjame solo; necesito pensar la manera de que no me embrujen á mí tambien.

Pablo salió de la casa del alcalde con la cabeza baja, y desde la calle oyó todavía la risa del tio Florencio, que sin duda por no alborotar la vecindad, habia tenido la precaucion de cerrar su ventana.

II.

Pablo no fué á su casa: se dirigió hácia el campo.

Al pasar por una oscura calle oyó una voz que pronunciaba su nombre. Alzó los ojos que llevaba clavados en el suelo y vió asomar por una ventana la alegre cabeza de Juanilla, que le sonreia cariñosamente.

—Buenas noches Juanilla; dijo Pablo.

—¿A dónde vas á estas horas? preguntó la jóven.

—No lo sé.

—Estás triste, Pablo.

—Muy triste.

—¿Es que *ya no me quieres?*

Pablo calló.

Juanilla era una muchacha rubia como una espiga de trigo, encarnada como una amapola de los campos, blanca como la nieve de los montes y alegre y risueña como una alborada de mayo. No habia en toda la aldea una boca mas fresca, unos ojos mas hermosos, ni unas mejillas mas sonrosadas que las de Juanilla. Nadie sabia como ella recogerse los cabellos en una cinta verde; encerrarse el talle en un corpiño encarnado, sepultar los pequeños pies en un zapatito de cabra, ni oprimir la blanca pierna bajo una media azul.

Pablo amaba á Juanilla, sabia que Juanilla le amaba tambien, y se hubiera vuelto loco por ella; pero era sobrina de la tia Olot, y esto le causaba espanto.

—¡Qué! ¿no respondes? le dijo Juanilla desde la ventana, viendo que habia enmudecido.

—¡Soy muy desgraciado! respondió Pablo.

—Mas desgraciada soy yo y no me quejo. Un año hace *que me dices:—«Juanilla, yo te quiero, yo daria por* ti mi vida; si supiera que ibas á ser de otro, me tiraria al pozo mas hondo,»—y cuando te digo que nos casemos como Dios manda, ¿qué me respondes?

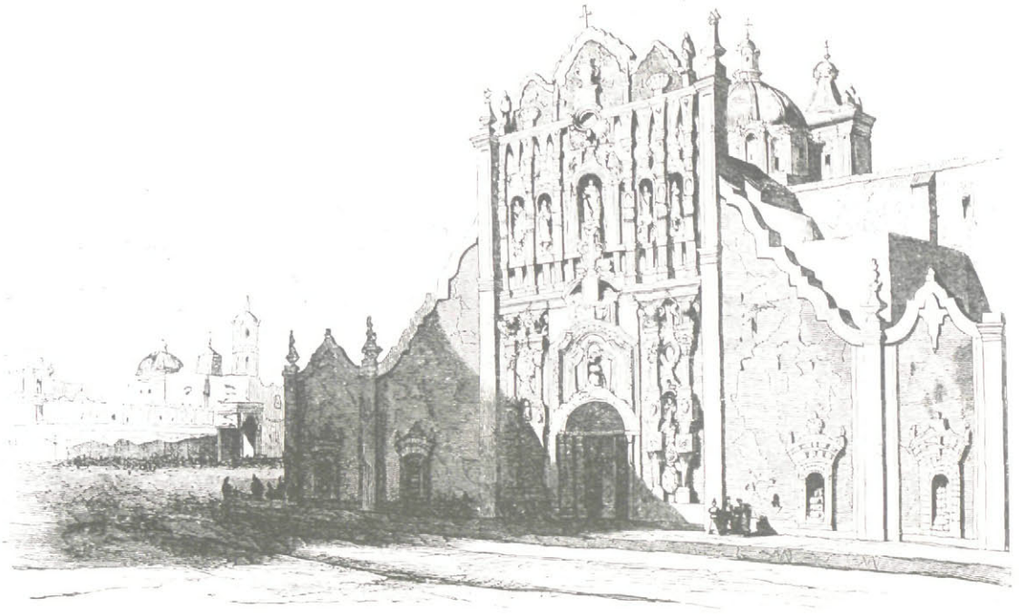
—Juanilla, te respondo la verdad; te digo que tengo miedo, mucho miedo á eso de casarme... como es cosa muy séria, y para pensarla muy despacio.

—Y el señor cura y todos los vecinos que siempre me están preguntando, «¿cuándo te casas Juanilla?»—y como tú no dices nada, yo tengo que callarme y me pongo mas colorada que una guindilla.

—¡Cómo ha de ser Juanilla! yo tengo mucho miedo, un miedo que no me cabe en el cuerpo y te quiero, vaya *si te quiero, pero no me atrevo; ¡que demonio!*

—Pues mira, Pablo, has de saber que si ahora no quieres, luego puede que sea tarde, porque otros me rondan la casa y no estoy para perder las proporciones.

—¡Eso no, por todos los demonios del infierno! como yo sepa que me vuelves la cara... oye, Juanilla, no me obligues á hacer una barbaridad.



CAPILLA DEL SAGRARIO, EN MEJICO.

—Pues no me desesperes Pablo, porque las jóvenes no ganamos honra ni provecho estando entretenidas, porque como dice la tia Olot...

No pudo concluir Juanilla, porque apenas pronunció el nombre de la tia Olot, cuando Pablo habia salvado de un salto la calle y se encontraba en el campo.

—¡Vaya! dijo Juanilla gimoteando—¡y luego dice que me quiere!

Y de un golpe cerró la ventana de su casa y todo volvió á quedar en oscuridad y silencio.

III.

La luna se habia escondido en un monton de pardas nubes que paseaban silenciosamente por el espacio.

Pablo andaba sumido en tristes reflexiones por una estrecha senda cubierta de zarzas y se encaminaba hácia el rio que murmuraba melancólicamente.

El muchacho oyó agitarse las zarzas y se quedó parado. Volvió la cabeza hácia atrás y creyó ver la sombra de la tia Olot que le seguia. Le flaquearon las piernas, hizo la señal de la cruz y se sentó debajo de un árbol ocultándose en la sombra. Pero al poco tiempo distinguió á alguna distancia cuatro blancos fantasmas envueltos en anchos pliegues que agitaba el viento, que se acercaban á él lentamente produciendo un ruido temeroso que unas veces se perdia en el aire como un suspiro, y otras crecia como el rumor de la tempestad, que se cierne en el oscuro vacío de la noche. Quiso cerrar los ojos y no pudo; quiso gritar y la voz no salia de sus labios; quiso levantarse y se encontró clavado en la tierra. Entonces cada árbol le pareció un espectro que alargaba sus brazos para cogerle; cada matorral un diablo que se acurrucaba sobre la tierra esperando la ocasion de lanzarse sobre él de un salto; cada peñasco un gigante que le miraba con ojos sangrientos; cada nube un fantasma que revoloteaba encima de su cabeza; cada sombra la boca de un abismo que amenazaba sepultarle; cada gemido del viento una voz del infierno que le llamaba. Y cuando volvió sus ojos para mirar al rio que seguia su sosegado curso, creyó ver una enorme serpiente cuyas escamas relucian entre las hojas. Sus ojos espantados brillaban como dos tizones encendidos en el fondo de un hogar oscuro. Pensó que se encontraba en una mansion maldita, en medio de una legion de espíritus que danzaban en torno suyo. Entre tanto, los cuatro fantasmas blancos le habian rodeado en silencio y levantándole del suelo, donde mas que sentado estaba caido, comenzaron á conducirle por una pendiente. Pablo no hizo la menor resistencia; se sintió arrastrar como conducido por un soplo invisible; comprendió que pasaba mucho tiempo caminando; creyó que descendia á una profunda sima y que le faltaba el aire; alzó los ojos y solo vió tinieblas.

Paráronse los fantasmas, y Pablo volvió á quedar tendido sobre la tierra. Entonces los fantasmas comenzaron á danzar por encima de su cuerpo, dando gritos y alaridos, animados por la tia Olot, que de pie sobre una roca, con una antorcha en la mano, hacia gestos y cabriolas y lanzaba terribles risotadas.

Pablo estaba molido, magullado, aplastado. Aquellos cuatro fantasmas menudeaban sobre él los brincos de tal modo, que le parecieron al mozo, no cuatro, sino ciento, que habian escogido su cuerpo para alfombra de su diabólica danza. No tuvo fuerza para moverse, ni voz para quejarse; parecia un lagarto sepultado bajo una piedra.

Así pasó mucho tiempo, y cuando el desdichado Pablo pudo conocer que habian dejado de molerle los huesos y se atrevió á abrir los ojos, vió á la tia Olot, que con la tea en la mano se alejaba trepando como una cabra montés entre las peñas y á los cuatro fantasmas que la seguian haciendo horribles contorsiones.

Pablo los vió desaparecer en las sombras, y temiendo que volvieran por otro oculto camino á donde él estaba, hizo un supremo esfuerzo para levantarse, pero se encontraba tan molido que le fue imposible. Sin embargo, asiéndose á los jarales y los arbustos, logró arrastrarse por la empinada pendiente y subir hasta la cumbre. Allí descansó un momento y luego continuó su marcha hácia la aldea.

El primer albor de la mañana comenzaba á disipar las sombras. La triste campana de la iglesia anunciaba el alba.

Aquella luz, que veia en el Oriente alegró el conturbado corazon de Pablo, cuyo pensamiento todavía marchaba cargado de terrores.

IV.

—Buenos dias te dé Dios, Pablo.

—Así sea, señor alcalde; pero como salga para mí el dia tan bueno como la noche, ya podeis ir á casa del señor cura para que me abran la hoya en el Campo-Santo.

—¿Has estado enfermo?

—Peor que eso, señor alcalde.

—¿Peor?

—Mucho peor. Creo que todos los diablos juntos se han paseado esta noche á su sabor por encima de mi cuerpo.

—Gracias á que estás robusto, muchacho.

—Sí, pero eso no basta, señor alcalde. Estoy mas aporreado que si me hubieran enterrado y vuelto á desenterrar.

Pablo contó entonces al tio Florencio los sucesos de aquella noche, y el tio Florencio despues de soltar una carcajada que duró media hora, le dijo con una cómica gravedad.

—Creo haber encontrado el remedio.

—¿El remedio decís? señor alcalde, preguntó Pablo, abriendo unos ojos enormes.

—Sí, hombre, sí, el remedio.

—Pues dádmelo, porque me hace mucha falta.

—Creo que toda la cuestion está reducida á una cosa muy sencilla.

—¿Cuál?

—Entrar en la familia de la tia Olot.

Pablo dió un brinco.

—Aunque me pelen, —dijo, —no entraré en la familia de esa bruja.

—Entonces, —repuso el tio Florencio con gran flema, —estarás siempre entre las garras de la tia Olot, porque no siendo pariente suyo, no te guardará consideracion ninguna. Además, lo que te propongo es muy aceptable, ganapan.

—Sí, pero me huele á cosa de brujería eso de ser pariente de la tia Olot. ¿Qué dirá mi pobre jumento cuando lo sepa? ¿y qué pensará mi hermoso perro muerto por esa vieja endemoniada? Dirá que ni siquiera le guardo el respeto debido á los difuntos:

—Pero vamos, Juanilla es una buena muchacha, que no te pone muy mala cara cuando la rondas.

—Si no fuera sobrina de esa maldita vieja...

En esto apareció Juanilla en la calle donde estaban conversando Pablo y el tio Florencio. Llevaba un cántaro de agua en la cabeza, y al ver á Pablo que la miraba sonriendo, se la cayó el cántaro, y vino hácia él saltando como un pajarillo hácia el arroyo.

—¿Y la tia Olot? la preguntó Pablo.

—Está durmiendo, respondió Juanilla.

—¡Bah!—murmuró el mancebo,—yo creia que las brujas no dormian.

—¿Con que te decides, ó no? le interrogó el alcalde.

—Dentro de un momento os lo diré; esperadme aquí, vuelvo al instante.

Y Pablo se encaminó á su casa. Apenas entró en ella se dirigió á la cuadra, y abrazándose al cuello de su asno le dijo al oido:

—¿Sabes que me caso con Juanilla? ¿qué te parece?

El pollino, que no habia comido en toda aquella noche, al sentirse abrazado por su dueño, soltó un espantoso rebuzno que alborotó á todos los jumentos de la aldea; y Pablo, creyendo que el burro aprobaba su casamiento, se lanzó en dos saltos sobre el hogar. El perro estaba tendido donde la noche anterior. Pablo se entristeció al verle, é inclinándose hácia él, le hizo la misma pregunta que al asno. El perro, que sin duda habia dormido bastante, se despertó, y brincando sobre Pablo le colmó de caricias.

Aquello era un milagro para Pablo, porque era la resurreccion de su perro.

Salió de su casa y corrió á donde estaban Juanilla y el alcalde, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—Me caso, me caso.

—Pero muchacho, ¿te has vuelto loco? le dijo el alcalde.

—El perro ha resucitado, y el burro se ha alegrado mucho cuando se lo he dicho. ¡Pobres animales!

Juanilla se abrazó á Pablo, llorando de alegría, porque tambien el placer tiene sus lágrimas como el dolor; y ambos seguidos del tio Florencio, que caminaba con las manos metidas entre la faja, los calzones caidos, la cabeza echada hácia atrás, y lanzando alegres risotadas, llegaron á casa de la tia Olot, cuya enjuta cabeza asomaba por la ventana, sonriendo maliciosamente.

Pablo la miró con recelo y se quedó parado en la puerta; pero Juanilla le dió un empujon, y el tio Florencio le dijo con su acento gangoso:

—¡Anda, bestia!

V.

A los ocho dias, Juanilla y Pablo celebraron su matrimonio.

—Vaya, sed felices, muchachos, les dijo el alcalde; bien podeis decir que yo os he casado.

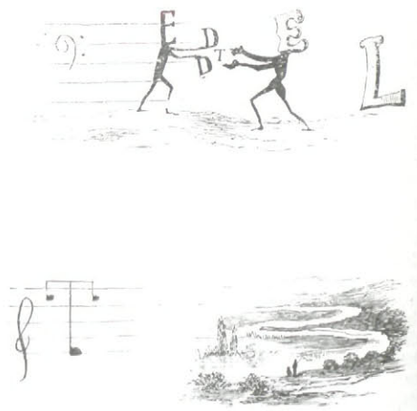
—¡Bah!—respondió Pablo, riendo con una risa entre estúpida y maliciosa,—ya nos habíamos casado nosotros antes, ¿verdad, Juanilla?

Juanilla no respondió, pero bajó los ojos y se puso encarnada como una amapola.

La tia Olot, como última prueba de sus brujerías, tiró un fuerte pellizco á Pablo, pero despues no volvió jamás á turbar el dulce sosiego de su vida.

F. L.

GEROGLIFICO.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR,
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.